

los combates por el humo que despedían las maderas y resinas que quemaban. Si predecían victorias para los PIJAOS, y efectivamente resultaban victoriosos, los guerreros les llevaban los despojos de los enemigos para que los Mohanes los repartiessen á su antojo.

Pero si perdían las batallas, los Mohanes tenían que pagar á los parientes de los muertos una cantidad de mantas y armas, sin duda, según la categoría del difunto guerrero.

A más de los Mohanes, los PIJAOS tenían mujeres adivinadoras, como las pitonisas de los griegos. La más afamada entre ellas se llamaba *Isolima*. Habiendo caído en manos de los soldados españoles en una ocasión, decían éstos que se había escapado de una manera misteriosa.

Las casas de estos indígenas eran de tapias de barro y madera, grandes, de altos techos y blanqueadas con greda muy blanca. Sus sementeras se alineaban en contorno con orden singular.

Llevaban colgados del cuello unos calabacillos llenos de pelos de león, para que los hiciese valientes; de pelos de mono, para que les fuera fácil trepar como ese animal, y de plumas de águila y de gavián, para que los hiciese ligeros.

SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER

(Continúa)

CHANTECLER

(PIEZA EN CUATRO ACTOS, DE EDMUNDO ROSTAND — CHARPENTIER
Y FASQUELLE, EDITORES)

Cuando se representó á *Cyrano de Bergerac* por primera vez en el teatro de la Puerta San Martín en París, M. Edmundo Rostand era poco conocido del público parisiense y mucho menos del europeo y del americano. Había publicado ya, es cierto, un tomo de poesías líricas con el nombre de

Les Musardises, llenas de sentimiento é impregnadas de un lirismo que hacía honor á un alma de poeta joven, y en el teatro se habían representado tres obras suyas: *Les Romanesques*, *La Princesse Lointaine* y *La Samaritaine*, pero el éxito que tuvieron no alcanzó á crearle el nombre de autor dramático. El 27 de Diciembre de 1897 salió Rostand del teatro elevado á la categoría de poeta dramático de primer orden, y al día siguiente el telégrafo comunicó á todas las partes del mundo que Francia contaba con una celebridad literaria á la altura de las más famosas del siglo XIX. En vano algunos críticos pretendieron rebajar los méritos de *Cyrano*; la pieza continuó dándose en París y en el Extranjero con éxito creciente; y hoy, después de doce años de vida, *Cyrano de Bergerac* ha continuado haciendo de Rostand no sólo el autor dramático más popular de Francia, sino el único verdaderamente popular.

Algunos creyeron que el mérito principal de *Cyrano* estaba en el verso; otros sostenían que en la idea, pero debe ser muy grande el de toda la obra para que en pleno realismo llegara una comedia romántica á ser traducida á todas las lenguas y á representarse en todos los teatros del mundo. Sólo el genio puede tomar una alma de otros siglos, generosa hasta el heroísmo, presentarla á un mundo positivista y hacerla amar hasta el delirio de un público que no busca sino el placer por todas partes. Y si ese espíritu llega encarnado en un cuerpo grosero y ridículo, el mérito del restaurador es más grande, aunque el verso hubiera ayudado á darle hermosura y á hacer simpática la nueva creación, y el actor que la interpretaba en público hubiera sido un maestro.

Después de tan deliciosa y excelente comedia presentó al público M. Rostand á *L'Aiglon*, drama en seis actos, representado en 1900, y escuchado con gusto pero sin el entusiasmo de la obra anterior. A pesar de que en ella se estudia la figura enigmática del Duque de Reichstadt, y por tanto se recuerdan las glorias de Napoleón, tan queri-

das del pueblo francés; aunque cuenta con escenas magistrales como la de la lección de historia, donde se pasan en revista las hazañas del Emperador, y la de la meditación en el campo de Wagram, y el verso es fácil y armonioso, y de que Sarah Bernhardt desempeñó con gusto y elegancia el papel del desgraciado príncipe, el drama no alcanzó los honores de la comedia heroica.

La Academia Francesa premió en 1901 los méritos literarios de Rostand, y el público que asiste á esta clase de actos oyó el día de la recepción del gran poeta un elocuente discurso aplaudido con entusiasmo poco usado en tan respetable recinto. No podía ser de otra manera: Rostand iba á ocupar el sillón donde antes se había sentado Bornier, y evocaba el recuerdo del sublime Lamartine, de aquella *flauta encantada* de donde siempre salieron sonidos dulces y conmovedores.

Después de un largo silencio impuesto al gran dramaturgo por males físicos y dolencias morales, que ha sobrellevado pacientemente en su hermosa residencia de Cambo, situada al Sur de Francia, Rostand ha dado á la escena á *Chantecler*, pieza en cuatro actos y en verso, donde los personajes son aves de corral.

No se trata de saber si antes de Rostand los animales sirvieron á poetas y prosistas para representar personajes humanos ó expresar sentimientos que pudieran igualarse á los del hombre, pues la originalidad no es el mérito principal de una obra de arte; lo que importa es ver si Rostand ha desarrollado su idea con orden y habilidad, si ha hecho una obra de ingenio, si se ha mostrado, como antes, poeta de dotes maravillosas, ó si su vuelo creador y lírico no ha alcanzado sino al de los animales que ha tratado de pintar.

En el primer acto se inicia el idilio campestre de los amores entre el gallo y la *Faisana*. *Chantecler* es la figura más hermosa y distinguida de las aves de corral. El es el emblema del valor y de la virilidad en la especie, y el legítimo representante de la autoridad en la casa. La *Faisana* es

un tipo de belleza y de debilidad femeninas. Entre tanta variedad de animales como aparecen en el mismo acto, se distinguen: el *Mirlo*, por su ligereza y malignidad, traducida generalmente por chistes; y el *Pavo*, á quien el *Perro*, siempre generoso y fiel, califica de insufrible por su vanidad.

Chantecler siente en sí mismo su grandeza y le da á su canto un alcance extraordinario. Sólo á su voz se iluminan los montes, se doran las colinas y desciende la luz á los valles. El deja oír la sonora trompeta de su canto, y el Sol, atento y amoroso, acude á envolver al mundo en sus resplandores. El gallo, agradecido y entusiasmado, entona un himno al sol, que es una oda hermosísima y el pedazo más notable del ingenioso poema, que puede figurar al lado de los más bellos con que cuenta la literatura francesa. (1)

Las aves nocturnas, envidiosas de la grandeza y superioridad del gallo, quieren perderlo y tratan de hacerlo ir á un recibo que dará la *Pintada*, donde encontrará otros gallos que lo provocarán á duelo á muerte. *Chantecler* lo sabe, y acude á la reunión para mostrar que no teme á sus enemigos.

Forma contraste con el himno al Sol el canto á la Noche, entonado por los buhos y demás animales nocturnos, que no pudiendo obrar á la luz, celebran sus conciliábulos y preparan sus planes en la oscuridad, planes siempre tan temibles y aterradores como el misterio que los inspira y el odio que los lleva á cabo.

El recibo en casa de la *Pintada* es para algunos afectado, con ambiente de bulevar más bien que de campo. A nosotros nos parece una sátira excelente y admirablemente expresada. Si los animales pueden sentir entusiasmo por la naturaleza y admirar lo bello, si pueden dejarse arrastrar de pasiones como la envidia, y desean la destrucción de los seres que son sus rivales, ¿por qué no puede hacerse-

(1) Esta bella obra ha sido traducida elegantemente al español por el joven y conocido poeta D. Luis E. Caro, hijo del ilustre D. Miguel Antonio Caro.

les representar, con toda la gracia que lo hace Rostand, el papel ridículo de ciertas damas que se creen honradísimas con que sus casas sean visitadas por personajes vistosos, sin representación alguna; que no tienen ideas de nada, sino que son entes imitativos que repiten malamente lo que ven hacer á otros que consideran superiores?

Si *Chantecler* es el tipo del carácter francés con su valor, su vanagloria y su optimismo; si el *Mirlo* es escéptico y burlón, incapaz de obra seria, ¿por qué está mal que en la *Pintada* se retrate á la elegante insustancial y medio reblandecida?

Finaliza la recepción con el sangriento combate entre *Chantecler* y otro gallo, en que éste lleva la peor parte, y aquél deja desconcertados y corridos á sus enemigos.

El coro de los pájaros, al principiar el cuarto acto, es uno de los pasajes más bellos de la pieza. Las gracias que dan al Dios de los pajaritos por todos los dones que les concede, y el recuerdo delicado que hacen de San Francisco de Asís por haberles llamado hermanos, dejan en el lector un deleite espiritual indecible.

Viene luégo el hermoso diálogo entre *Chantecler* y la *Faisanz*, en que ésta se muestra celosa de la Aurora porque su amante no consiente en dejarla de llamar por medio de su canto. *Chantecler* no admite que pueda amar más á la *Faisana* que á la luz; es imposible para él dejar de cantar, porque así priva á la Tierra de las caricias y beneficios del Sol, y la *Faisana*, en su despecho, le va ocultando poco á poco, con sus lucientes y amorosas alas, el brillo del astro hermoso, hasta que sus resplandores lo envuelven, y le prueba que el alma Sol viene á la Tierra sin que él lo llame ni lo atraiga con su canto. Este es el golpe de gracia para el altanero Jefe del corral, que se siente vencido y humillado y desposeído de todos sus méritos.

Chantecler va en busca de la muerte, pero la *Faisana*, noble y generosa, se expone al peligro por salvarlo, y se entrega gustosa al cazador para que viva su amado.

El poema en su conjunto es hermoso, aunque desigual en partes, como escrito en épocas distintas. Tiene episodios ternísimos y de una delicadeza encantadora, como el del Ruiseñor, al que sorprende la muerte artera que le da el cazador en medio de un coloquio amistoso con el Gallo, dejando oír su primoroso canto.

La obra entera está esmaltada de bellezas que hacen olvidar los defectos que tiene. El verso, como todos los de Rostand, es fácil y armonioso, y los diálogos son interesantes.

Si el drama en sí mismo tiene el mérito de una obra de arte, como pieza simbólica es de un alcance extraordinario. *Chantecler* es no sólo el tipo del carácter francés que cree que la Civilización acude á donde él está, pero que el mejor día ese sol puede alumbrar en otra parte, sin que necesite de su esfuerzo para dar luz y calor al mundo, sino que tiene mucho de Don Quijote—observación que ha hecho ya un crítico inglés—en lo quimérico, infatuado y arrogante. Un Don Quijote francés, que representa no sólo la bravura sino el orden y la autoridad; no sólo es generoso, sino dominante y leal á sus inferiores; envanecido de su belleza y jactancioso, y señor natural de toda ave distinta de su sexo. *Chantecler*—como Don Quijote—dice el mismo crítico, es absurdo, pero no sólo amable sino grande en su absurdidad. Si algo prueban sus aventuras es que se necesita de la ilusión y la quimera para no caer en el escepticismo ó en la barbarie.

JUAN A. ZULETA

La lámpara del Santísimo

A solas con la tristeza
Horrible que va conmigo,
En un ángulo ocultéme
Del ancho templo vacío.
Era y a noche, las sombras